

# La Populorum Progressio

El prestigioso economista italiano Giancarlo Elia Valori, asesor del Ministerio de Economía del gobierno de Italia, especialista en temas latinoamericanos, escribió especialmente para Estudios el presente trabajo.

La ola de universal entusiasmo con que fue saludada en el mundo entero la publicación de la encíclica **Populorum Progressio** tuvo posiblemente en América latina su punto culminante.

Esto es fácilmente comprensible. América latina es, por una parte, católica en la inmensa mayoría de su población. Por otra parte, subdesarrollada en la totalidad de las naciones que la constituyen. Era natural que las palabras del vicario de Cristo tuvieran, por esas razones, una resonancia especial, sin perjuicio de que en las otras partes del mundo subdesarrollado y en los países industriales nadie dejara de comprender la singular trascendencia del mensaje, continuador de la senda abierta por **Mater et Magistra** y **Pacen in Terris** de Su Santidad Juan XXIII.

La condición de "abogado de los países pobres" que el Santo Padre reivindica como fundamento de su posición y justificación de su mensaje, supone una explícita representación de los pueblos de América latina. Ellos, a despecho de muy visibles diferencias que los distinguen tanto en materia de personalidad nacional como en grado de desenvolvimiento cultural y social, comparten la común condición económica definida por el subdesarrollo. Ni siquiera las naciones más ricas de la región han desenvuelto condiciones internas para que su proceso de capitalización pueda autogenerarse de manera espontánea. Todas, asimismo, se integran en el actual sistema de relaciones internacionales como exportadoras de productos primarios e importadoras de bienes industriales. El nivel de renta por habitante, que en los países más pobres de la región se aproxima al nivel de

las zonas más desfavorecidas de la tierra, está, en los ricos, a sideral distancia de las naciones industriales de Europa o del mundo anglosajón. La dependencia tecnológica caracteriza unánimemente a todos los programas de industrialización que se practican y todos los países de Latinoamérica están bien lejos de los grandes desarrollos de la más reciente revolución industrial: la de la energía nuclear, la electrónica en general y las computadoras.

Aquellos estados que más han avanzado en niveles de desarrollo cultural o que gozan de una situación alimentaria óptima, como pasa en el cono sur del continente, se caracterizan por ser los más estancados desde el punto de vista de su crecimiento. Confirman, así, la regla general que define el desarrollo económico desde el punto de vista de la transformación de las técnicas de producción. Las naciones sudamericanas que más se beneficiaron en el reparto periférico de riqueza, durante el período de actuación sin complicaciones del sistema de la división internacional del trabajo, han paralizado automáticamente su desarrollo a partir del momento en que ese sistema entró en crisis.

## MAYORIA POBRE Y DISPERSA

Los "datos del problema" latinoamericano son, pues, los mismos que describe la Encíclica en sus capítulos iniciales. Si es exacto que la mayoría de las naciones latinoamericanas lleva hoy un siglo y medio de vida independiente, también lo es que esa independencia política no se convirtió nunca

# y América Latina



en una total autonomía económica. Situaciones neocoloniales se generaron por doquier, traducidas en el reinado universal del monocultivo o la monoexplotación requeridas desde las grandes metrópolis financieras y comerciales. La inmensa población rural latinoamericana ha tomado conciencia en todos los países de la injusticia de las condiciones en las que vive. En todos los países se ha registrado, en el espacio de una generación, el sacudimiento producido por los modelos de industrialización que resquebrajan los refugios seguros pero inmóviles de la sociedad tradicional. Las "villas miseria" de Buenos Aires, las "Callampas" de Santiago de Chile, las "favelas" de Río de Janeiro o los "mocambos" de Recife albergan a millones de trabajadores rurales transferidos del mundo de la sociedad tradicional al de la sociedad industrial. Desarraigados de donde nacieron, no han conseguido encontrar una nueva ubicación en el medio cultural esencialmente distinto al que han tenido que acudir como consecuencia del agotamiento de las posibilidades de una sociedad rural que sigue todavía trabajando con esquemas del mundo precapitalista. Por todo ello, también en Latinoamérica ha brotado la tentación de la violencia y la fascinación de los mesianismos prometedores. Formas sangrientas de revolución, regímenes materialistas o demagogias desprovistas de sentido de la responsabilidad han sido el subproducto, bastante explicable, de la ceguera de clases enquistadas en el poder y enemigas de todo cambio, aun el más modesto.

Cuando el Santo Padre describe el espectáculo de esas naciones donde convive una oligarquía de ci-

vilización refinada con una mayoría dispersa y privada de todo lo necesario, está haciendo también la pintura de buena parte de Latinoamérica. En un país —que dista de ser de los más pobres— un reciente documento firmado por sacerdotes que encabezaba el cardenal primado de la nación denunció con claros términos la escandalosa desigualdad en la distribución de la renta. Si la proporción inmensamente mayoritaria de la población vive a nivel de la subsistencia, podrá esto ser compatible con la riqueza excesiva de algunos pocos, pero nunca con la riqueza generalizada que se produce en la sociedad industrial. Y menos con los grandes mercados que la sociedad industrial necesita para producir su impacto transformador en el monocultivo y en las formas de dominación feudales o semif feudales.

## VISION GLOBAL

Para Latinoamérica están escritas, pues, estas páginas pontificales que llaman a la cruzada por el desarrollo integral del hombre y por el desarrollo comunitario de la humanidad. Como Latinoamérica está todavía al margen de la industrialización —que es la señal de la distribución entre los países pobres y los ricos (Juan XXIII, *Mater et Magistra*)—, sólo promoviéndola se pueden crear las condiciones para el desarrollo integral del hombre, que tiene que ser, como lo señala el Santo Padre, el de **todos** los hombres. Las viejas sociedades aristocráticas podían permitir que algunas individualidades sobresalientes brillaran en las artes, en la ciencia y aun en la santidad, pero no podían



evitar que la inmensa mayoría viviera en condiciones subhumanas, incapacitada para una conducción racional de su vida y para acceder a grados satisfactorios de dignidad material y moral. A partir de los grandes desarrollos de la tecnología, aunque ellos sean ambivalentes y conlleven el riesgo de un materialismo sofocante, como lo señala con tanto acierto la **Populorum Progressio**, están dadas las condiciones para un perfeccionamiento de todos los hombres. Porque sólo si se libera a éstos de las acechanzas de la enfermedad, del hambre y del miedo al futuro, así como de la dominación de la superstición y la ignorancia, están en condiciones de desenvolverse las fuerzas creadoras del hombre en cumplimiento de la obligación sagrada del pleno desarrollo personal.

Pero el desarrollo nacional de cada pueblo de América latina requiere indispensablemente un ejercicio específico de la solidaridad mundial. Lo verdaderamente revolucionario de la encíclica **Populorum Progressio** radica en que, desde la más eminente tribuna espiritual de la Tierra, se haya puesto en evidencia el nuevo fenómeno de la solidaridad mundial.

Cuando Su Santidad Paulo VI señala que es natural la solidaridad con los más próximos, pero que hoy ningún país rico puede desentenderse de una proyección mundial de su responsabilidad, y cuando observa reiteradamente la doctrina del Concilio que es "obligación gravísima" de los países ricos ayudar a los subdesarrollados y que tal ayuda debe considerarse como natural, está estableciendo la fórmula básica para comprender en qué consiste la solidaridad universal de nuestros días. La Iglesia Católica propone a los hombres lo que ella posee como propio: "Una visión global del hombre y de la humanidad". Es esta visión la que ubica sobre una nueva base, más total y dotada de adecuados fundamentos, las tendencias actuales hacia la cooperación internacional. Estas tendencias se han fundado, casi siempre, en las conveniencias políticas de las naciones o en el propósito de evitar los males mayores de la subversión y la guerra civil. La ayuda internacional ha sido solamente instrumental. Formaba parte del arsenal de las diplomacias. Se proponía operar como un instrumento de poder para influir sobre las voluntades y conquistar adeptos.

En cambio, en **Populorum Progressio** se contemplan las cosas con una visión diferente. Ha llegado la hora de la humanidad. La solidaridad, antes considerada como natural dentro de las fronteras de una nación, pasa ahora a constituirse en una forma normal de las relaciones internacionales. Y así como la solidaridad nacional ha sido el fundamento real de las políticas de redistribución de la renta en cada país, así también la solidaridad concreta entre todos los hombres tiene que ser el fundamento de lo que el Santo Padre reclama: una forma efectiva y acelerada de redistribución internacional de la renta, garantizada, como lo fue en lo interno, con una sanción; la "cólera de los po-

bres", que pueden recordar al rico, como en la parábola, "que esta noche te será reclamada el alma".

## LAS LEYES DEL JUEGO

Si **Populorum Progressio** suscitó en algunos sectores los conocidos ataques que sucedieron a su aparición, es porque iba al fondo del problema. Y nada define más acertadamente el carácter de las relaciones internacionales que la denuncia papal del juego de las tendencias espontáneas de la actual estructura de la economía mundial. Porque tales tendencias espontáneas no pueden llevar a otra cosa que a profundizar las diferencias actuales entre países ricos y países pobres.

El Santo Padre entra así al juicio profundo del movimiento de las leyes de la economía capitalista liberal, leyes que impulsan la concentración creciente del poder económico y la miseria creciente en el otro extremo. Esto que en el orden interno fue corregido con políticas adecuadas, en el orden internacional opera con plena libertad, si se cree que las formas vigentes de intercambio internacional tienen un derecho irrevocablemente adquirido. Porque dichas formas —la vieja división internacional del trabajo— no pueden llevar a otro desenlace que el que señala Su Santidad Paulo VI: "Las naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las naciones poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico, los primeros aumentan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado. Por el contrario, los productos primarios que provienen de los países subdesarrollados sufren amplias y bruscas variaciones de precio, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas grandes dificultades... Los pueblos pobres permanecen siempre pobres y los ricos se hacen cada vez más ricos".

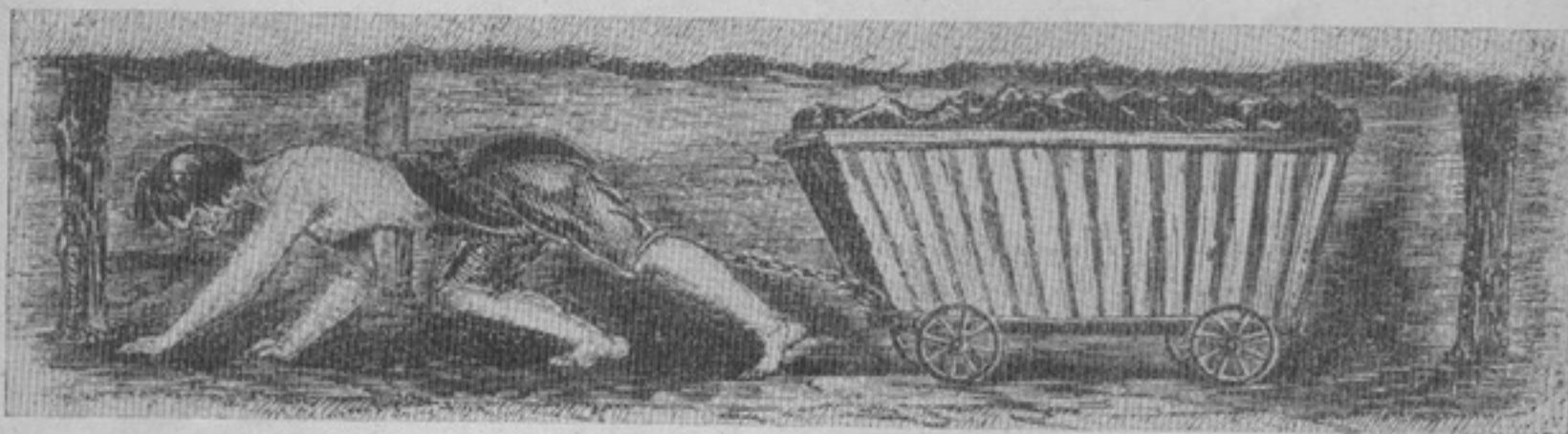
De este análisis surge la natural conclusión: "la regla del libre cambio no puede seguir rigiendo por sí sola las relaciones internacionales... Los precios que se forman "libremente" en el mercado pueden llevar consigo resultados no equitativos... una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre competencia que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica".

Es manifiesto que este esquema se ajusta plenamente a América latina. No hay un solo país de la región que se escape de esta verdadera ley de bronce del intercambio internacional, cuya consecuencia es, además, poner freno a las posibilidades de desarrollo incluso de los sectores de producción primaria. Puesto que los precios de los mismos se determinan no en condiciones libres sino impuestas, la expansión de la producción estará regulada desde afuera y, como lo señala la experiencia, en regla general se tenderá a mantenerla a

niveles deprimidos. Con alguna excepción, como es el caso del petróleo —regido por ciertas condiciones especiales—, es fácil comprobar en toda América latina el estancamiento de la producción primaria.

Consideramos nosotros que la función social principal de la Iglesia Católica en América latina estriba en esclarecer las causas de la actual situación, así como luchar para que las soluciones conducentes se pongan en marcha cuanto antes. Esto corresponde como misión universal de la Iglesia que

Para la Iglesia Católica debe quedar bien en claro que la justicia social es el fin del desarrollo económico en sus aspectos humanos no trascendentes, pero que no puede ser su antecedente porque esto es simplemente imposible. Por el contrario, cuando se insiste demasiado en estas fórmulas se corre el riesgo de hacer el juego a los intereses que no quieren una transformación de fondo. Ellos saben muy bien que para mantener su predominio tradicional no debe haber industrialización. Por lo tanto, pueden estar más interesados que lo que



debe adaptar el Mensaje de Cristo escrutando los tiempos y adecuándolos a ellos. Pero, con más razón, cabe afrontar tal tarea en Latinoamérica, donde ella constituye una ineludible responsabilidad, habida cuenta de la condición cristiana de la casi totalidad de la población y de la indudable influencia de la Iglesia en todos los países. Influencia que, cabe reconocerlo, no jugó siempre en el pasado a favor de las fuerzas del progreso y que no siempre juega ahora con la decisión y la urgencia que el Santo Padre reclama como un deber que no puede postergarse.

## SOLUCIONES

Es sumamente importante el diagnóstico de lo que constituye realmente la estructura del problema latinoamericano para que no se propongan soluciones fáciles que a corto plazo llevan a frustraciones. Una de tales soluciones es, por supuesto, la que reclama que se creen las condiciones de justicia social típicas de las sociedades desarrolladas, cuando las condiciones de la industrialización no están dadas todavía.

Tal actitud está hoy muy generalizada en América latina. Es comprensible que así sea porque la injusticia de algunas situaciones es tanta que las soluciones urgentes parecen inevitables. Ni la enfermedad, ni el hambre ni la muerte esperan para el día de mañana. Pero conviene tener en cuenta que lo que debe hacerse no es simplemente la corrección de una situación individual a través de otro esfuerzo también individual. Tal vez esto sea necesario, pero lo esencial del mensaje de la **Populorum Progressio** consiste en que ella convoca a una acción integral que tiene que ser también común y asumida por todos.

parece en ayudar a limpiar la fachada del sistema, eliminando sus deformaciones más flagrantes, pero conservando su esencia. Es mucho más atractivo difundir el uso de anticonceptivos que combatir su causa a través de grandes inversiones industriales capaces de ayudar a la creación de un nuevo pueblo que pueda asumir humanamente sus responsabilidades en materia de procreación ante Dios, ante ellos mismos, ante los hijos que han nacido y ante la sociedad de que cada padre participa.

También es peligrosa en estos momentos la tentación de la violencia acerca de la cual Su Santidad Paulo VI ha escrito en **Populorum Progressio** palabras definitivas. No se trata aquí de hacer violencias, sino de generar cambios. Y muchas veces la violencia no sólo puede ser fuente de nuevas injusticias peores que las anteriores, sino que permite consolidar estas últimas con la amenaza del cambio que se puede producir.

**Populorum Progressio** es, pues, la pauta para trazar la acción de los católicos en América latina, porque ella se adapta a todas las regiones subdesarrolladas de la humanidad. América latina necesita de asistencia especial dentro del nuevo esquema de solidaridad internacional y de formas verdaderamente revolucionarias de redistribución de la renta que ha sido generada a favor de los pueblos ricos por la dependencia de los pobres. Transmitir el mensaje papal en su diáfana estructura y combatir las deformaciones que pueden postergar su influencia, a la larga inexorable, es la gran tarea de esta generación, que cuenta con la guía espiritual y con la luz que irradia la Cátedra Vaticana.

Giancarlo Elia Valori